CÍRCULO DE REFLEXIÓN POLÍTICA · SIGLO XXI

BOLETÍN INFORMATIVO

Publicación del Círculo de Reflexión Política Siglo XXI

San Salvador, El Salvador, Centroamérica. | N.º 60 Del 2 al 8 de noviembre de 2026



info@crpsigloxxi.org | https://crpsigloxxi.org/boletines

PENSAR · ANALIZAR · PROPONER

Haití: Historia abreviada del país y de la participación salvadoreña



De sus antecedentes históricos a la crisis actual: las misiones internacionales, la participación salvadoreña y la búsqueda de cuatro aerotécnicos cuyo paradero aún no tiene confirmación pública.

PÁGINAS 1–9



El Salvador y Haití: dos misiones distintas en tiempos de crisis

El apoyo técnico y humanitario se distingue del despliegue posterior de búsqueda y rescate.

PÁGINAS 9–11



Haití y la doctrina de la soberanía: el colapso del paradigma globalista

Voluntad política y autoridad estatal frente a los límites de la respuesta multilateral.

PÁGINAS 11–12



"No one's left behind"

La vida de un ciudadano no tiene precio. El Estado no retrocede frente al crimen ni abandona a los suyos.

PÁGINAS 13–15



La promesa del presidente Nayib Bukele

Traer de regreso a sus colaboradores de la Fuerza Armada: voluntad política, logística y lealtad.

PÁGINAS 15–17



El rescate de cuatro hombres que representan a millones

Dignidad nacional, solidaridad y confianza: rescatar a cuatro representa proteger a millones.

PÁGINAS 17–20



El Escudo de las Américas, el caso de Haití y el rol de El Salvador

Seguridad, cooperación económica y coordinación multilateral ante la crisis haitiana.

PÁGINAS 20–21

ADEMÁS EN ESTA EDICIÓN

Las falacias del NY Times
PÁGINAS 22–23

Honduras: tres cabezas, un solo Baal
PÁGINAS 24–25

¡Nostrum bonum est regimen, et si perget audire, memoria eius immortalis erit!
PÁGINAS 26–27

Oposición política critica desde el rencor
PÁGINAS 27–28

¿Corrupción admirable?
PÁGINAS 29–30

> "La vida de un ciudadano no es negociable, no es intercambiable y no tiene precio.
>
> «No one's left behind» · PÁGINAS 13–15



Miembros del Círculo de Reflexión Política de El Salvador Siglo XXI

Juan Contreras • Oscar Martínez Peñate • Nelson Flores • Mélida Villatoro • Aldo Álvarez
René Martínez Pineda • Mauricio Rodríguez • Rafael Góchez • José Valdez • Christian Colón

BOLETÍN INFORMATIVO

Círculo de Reflexión Política Siglo XXI

San Salvador, El Salvador • N°60 • Del 2 de noviembre al 8 de noviembre de 2026

info@crpsigloxxi.org | https://crpsigloxxi.org/boletines

Análisis, reflexión y debate político orientado al fortalecimiento democrático y el desarrollo nacional.

Haití: Historia abreviada del país y de la participación salvadoreña



1. Introducción

La isla que Haití comparte con República Dominicana es conocida como *La Española*. Ahí desembarcó Colón por primera vez en 1492, al llegar al llamado "Nuevo Mundo". La isla había sido habitada por indígenas taínos, que la llamaban Ayiti.

Los primeros colonos franceses llegaron en 1625, fundando un asentamiento que llamaron Saint-Domingue. España cedió a Francia el territorio al oeste de la isla en 1697. Durante el siguiente siglo, Saint-Domingue comerció la mitad del azúcar y café que se consumía en Europa, así como un tercio del comercio transatlántico de esclavos.

Con la revolución francesa de 1789 surgieron voces defendiendo a los esclavos haitianos; pero Francia les reprimió violentamente, desencadenando el inicio de la revolución haitiana de 1791, que fue liderada por Toussaint Louverture. Un descendiente de esclavos africanos, Jean-Jacques Dessalines, se convirtió en uno de sus principales lugartenientes. Bonaparte envió tropas que capturaron a Louverture en 1802, deportándole a Francia, donde murió en prisión en 1803.

Dessalines retomó la lucha contra los colonizadores, derrotándoles el 18 de noviembre de 1803, y proclamando la independencia de Haití el 1 de enero de 1804, asumiendo el cargo de Gobernador General esa misma fecha y proclamándose emperador Jacques I ese mismo año. Se le atribuye masacre a franceses, incluyendo a civiles. Fue asesinado en 1806, desencadenando una guerra civil entre el norte y el sur del país, lo que duró hasta 1820. La reunificación que ocurrió posteriormente excluyó del poder a los afrodescendientes.

La independencia de Francia costó el equivalente a 38 mil millones de Euros actuales, lo que fue reducido en 1838 a 23 mil millones, con alta tasa de interés a bancos extranjeros, estimándose que significó 80% del presupuesto anual del país, lo que terminó de pagarse hasta en 1947. (Montos y porcentaje al equivalente actual correspondiente).

Posteriormente, Haití tuvo varias presidencias fugaces, así como disputas fronterizas con República Dominicana, e incluso una ocupación estadounidense (1915-1934). En 1937, se estima que el ejército dominicano ultimó a 30 mil haitianos en la frontera, conocida como la Masacre del Perejil. En 1954 el huracán Hazel ultimó a mil personas y destruyó plantaciones de café y cacao.

Tras dos elecciones fallidas, en 1957 François Duvalier -o “Papa Doc”- tomó el poder, estableciendo en 1958 escuadrones de la muerte llamados “Tonton Macoutes” como fuerza paramilitar con la que sembró terror entre sus opositores, y que serían los antepasados de los actuales grupos irregulares armados. En 1964 se declaró presidente vitalicio hasta su fallecimiento en 1971, cuando con igual cargo asumió su hijo de 19 años de edad, Jean-Claude (“Baby Doc”), hasta su derrocamiento en 1986 por una revuelta encabezada por Henri Namphy.

Las elecciones convocadas en 1987 se retrasaron por el asesinato de dos candidatos y una masacre de votantes. Leslie Manigat ganó en enero de 1988 las llamadas “elecciones militares”, quien fue derrocado seis meses después por Namphy. Este fue destituido en septiembre por el general Prosper Avril, contra quien se organizaron protestas que le hicieron dimitir.

Las primeras elecciones democráticas fueron ganadas en 1990 por el exsacerdote salesiano Jean-Bertrand Aristide, con 67% de los votos, hasta que fue derrocado en 1991 por un golpe de Estado liderado por el exgeneral de brigada Raoul Cedras. Aristide partió al exilio, hasta que Cedras se exilió en septiembre del mismo año.

Tras una transición de René Préval, Aristide regresó en 1994, sufriendo varios intentos por derrocarle, lo que provocó conflictos por grupos armados en todo el país. Se exilió en Sudáfrica en 2004. Una fuerza internacional de mantenimiento de la paz liderada por Naciones Unidas llegó al país para mantener la seguridad y estabilidad.

2. Catástrofes naturales y políticas, e inicio de la participación internacional

A principio de 2004, Haití sufrió inundaciones, agravadas en septiembre por los huracanes Iván y Juana, destruyendo cosechas y causando la muerte de por lo menos 3,000 personas, y dejando sin hogar a otras 250,000. Menos de un año después, otro huracán, el Dennis, dejó 56 muertos y daños por US$50 millones. En 2008, en un solo mes el país sufrió las tormentas tropicales Fay y Hanna, y los huracanes Gustav e Ike, que destruyeron 25% de la economía nacional.

El 1 de enero de 2010, un terremoto de magnitud 7.0 destruyó Puerto Príncipe. Los donantes internacionales se comprometieron a dar US$ 5,300 millones para la reconstrucción, pero muchos no cumplieron. El descontento popular creció ante una distribución de fondos que no alcanzó los fines previstos. El país fue víctima de un brote de cólera, calificado como el peor de su historia reciente: 820 mil casos, falleciendo aproximadamente 10 mil personas.

Michel Martelly ganó las elecciones en segunda vuelta en abril de 2011. Al final de su mandato designó como candidato de su partido a Jovenel Moïse, quien asumió en 2017. Previo a esto, en octubre de 2016 el huracán Matthew se convirtió en el más fuerte que ha azotado Haití desde 1964, destruyendo cultivos y exacerbando la epidemia de cólera, destruyendo la infraestructura y dejando a más de 200,000 familias sin vivienda.

Venezuela suspendió sus exportaciones de petróleo a Haití en marzo de 2018, ocasionando consecuencias en cadena. El gobierno eliminó los subsidios al combustible, provocando aumentos de precios de hasta 50%, generando protestas a veces violentas que se prolongaron hasta 2019. Ellas continuaron, asesinando en su casa al presidente Moïse en julio de 2021, sucediéndole Ariel Henry. Al mes siguiente, un terremoto de magnitud 7.2 afectó a la comuna de Les Cayes, al occidente del país.

La violencia aumentó después del asesinato de Moïse, prolongándose en 2022 y 2023, año que registró 2,490 secuestros y 4,789 asesinatos, en todo el país. En septiembre de 2023, 80% de la capital estaba bajo control de grupos armados, surgiendo la organización delincuencial autodenominada Viv Ansanm, que irónicamente significa “Vivir Juntos”, pero consiste en una coalición de federaciones de bandas armadas que antes eran rivales: G9 y G-Pèp. Ese mes, Kenia aceptó

liderar una misión de paz multinacional, aprobada por la ONU, como Misión Multinacional de Apoyo a la Seguridad-(MSSN-.

El presidente Henry renunció el 11 de marzo de 2024. Al mes siguiente se propuso un gobierno de transición para dos años, pero -también al mes siguiente- destituyeron a su líder.

La violencia se intensificó a fines de 2024, convirtiéndose -según la ONU- en uno de los años más mortíferos de la historia moderna del país. La Organización Internacional para las Migraciones estimó que en 2025 hubo más de 5,300 asesinatos y más de 700 mil personas tuvieron que huir de sus hogares.

En octubre de 2025, el huracán Melissa provocó inundaciones en varias regiones. Human Rights Watch reportó 43 fallecidos, incluidos 10 niños, agravando la vulnerabilidad de comunidades que ya sufrían desplazamientos y carencias de servicios básicos.

La Misión MSSN continuó colaborando con la Policía Nacional en 2025. Sin embargo, enfrentó escasez de personal, recursos y financiamiento, lo que limitó su capacidad para contener a las pandillas, que ya operaban en todo el país.

3. Agravamiento de la situación

Desde 2025, Haití experimentó una profundización de su crisis política, especialmente en lo económico, en seguridad y crisis humanitaria; principalmente por la expansión territorial de las pandillas armadas, la debilidad de las instituciones estatales, la falta de autoridades nacionales elegidas democráticamente y las dificultades de la intervención internacional para restablecer la seguridad.

Viv Ansanm consolidó su dominio sobre amplias zonas de Puerto Príncipe y avanzó hacia otros departamentos. Human Rights Watch -HRW- consideró que las bandas controlaban entonces alrededor de 90 % de la capital y de su área metropolitana, dificultando el transporte, el comercio y la distribución de ayuda humanitaria. Ese año, las masacres, secuestros, enfrentamientos y la violencia sexual obligaron en septiembre a 1,4 millones de personas a abandonar sus hogares, según HRW; cifra que equivalía aproximadamente a 11.8% de la población total.

La situación de violencia no se limitó a la capital, pues se extiende a todo el país, afectando carreteras, producción agrícola, servicios públicos y acceso de la población a alimentos y atención médica. La ONU advirtió en octubre de 2026 que la violencia seguía amenazando las elecciones.

Previamente, en febrero de 2026 había concluido el mandato del Consejo Presidencial de Transición -CPT-, sin que se hubiese alcanzado un acuerdo sobre una estructura de gobierno sucesora. El primer ministro Alix Didier Fils-Aimé permaneció al frente del Ejecutivo, enmedio de disputas políticas y presiones internacionales. La crisis dejó sin resolver la legitimidad y la organización de la autoridad transitoria.

El mismo mes, tres buques de guerra estadounidenses llegaron a la bahía de Puerto Príncipe. Washington respaldó la continuidad de Fils-Aimé y había impuesto sanciones a cinco integrantes del CPT. La presencia naval se presentó como apoyo a la seguridad y a la estabilidad, en un contexto de creciente influencia de actores extranjeros en la transición haitiana.

Entre marzo y julio de 2026, los ataques se intensificaron en el bajo Artibonite y se consolidó la presencia de bandas en el departamento Centro, con incursiones que alcanzaron al Sudeste. Hubo enfrentamientos entre grupos criminales que antes habían cooperado entre sí bajo la coalición Viv Ansanm, provocando mayor inseguridad fuera de la capital y en las rutas de abastecimiento. También durante ese período, la nueva Gang Suppression Force -GSF- comenzó su despliegue operativo con un mandato orientado a combatir a las organizaciones criminales. La iniciativa busca superar las limitaciones de la misión multinacional anterior, pero su dotación sigue por debajo de la autorizada. En octubre, la ONU informó que la fuerza apenas superaba ligeramente los 2.000 efectivos, frente a una autorización de hasta 5.500.

El 19 de octubre de 2026, el representante especial para Haití informó al Consejo de Seguridad de la ONU que más de mil personas habían muerto y más de 100 habían sido secuestradas entre julio y septiembre de 2026. Aunque avanzaban los preparativos electorales —con más de 35 partidos y 3.500 candidatos registrados—, persistiendo las dudas sobre la posibilidad de celebrar elecciones en las condiciones de seguridad vigentes.

El desplazamiento interno alcanzó en 2026 -según el panel de expertos de la ONU, publicado en septiembre- a aproximadamente 1,5 millones de personas; es decir, cerca de 12 % de la población. La violencia sexual y las dificultades para obtener alimentos, agua, educación y atención sanitaria continuaron afectando a millones de haitianos. En resumen, las principales consecuencias políticas y regionales son:

- Debilitamiento del Estado: la expansión de las pandillas reduce la capacidad gubernamental de ejercer autoridad territorial y garantizar servicios básicos.
- Crisis de legitimidad democrática: la ausencia prolongada de elecciones nacionales y el fin del mandato del CPT -sin sucesión acordada- dificultan la reconstrucción institucional.
- Emergencia social: los desplazamientos, el hambre y el cierre de centros educativos y sanitarios profundizan la pobreza y la vulnerabilidad de la población.

- Internacionalización del problema: la participación de Estados Unidos, Kenia y la ONU refleja que la crisis tiene repercusiones en la seguridad del Caribe, la migración y las redes transnacionales de tráfico de armas.
- Incertidumbre sobre una solución duradera: las operaciones de seguridad pueden recuperar zonas, pero no garantizan por sí solas la estabilidad.

4. Involucramiento de El Salvador

La participación salvadoreña en Haití tiene dos dimensiones: el apoyo a una misión internacional destinada a combatir a las pandillas haitianas y, desde octubre de 2026, una crisis de seguridad provocada por la desaparición de cuatro efectivos salvadoreños tras una emboscada.

El caso es especialmente relevante pues los cuatro desaparecidos pertenecen a una unidad especializada en aviación y apoyo médico, y porque el Gobierno salvadoreño anunció una operación militar para localizarlos y recuperarlos.

La participación salvadoreña había iniciado en marzo de 2024, cuando el gobierno ofreció ayudar a Haití para enfrentar la violencia de las pandillas, condicionando la asistencia a una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, el consentimiento haitiano y el financiamiento de la misión salvadoreña.

Los principales pasos fueron los siguientes:

- Marzo de 2024: El gobierno salvadoreño manifestó públicamente su disposición de contribuir a la recuperación de la seguridad en Haití.
- 3 de octubre de 2024: Representantes diplomáticos de El Salvador y Haití firmaron el acuerdo relativo a la participación salvadoreña en la Misión Multinacional de Apoyo a la Seguridad -MMA-.
- Enero de 2025: Llegan a Haití ocho especialistas salvadoreños en aviación.
- Febrero de 2025: Se incorpora un contingente de aproximadamente 70 militares adicionales a la fuerza de tarea *Libertad II*.
- 2026: La participación salvadoreña se integró en el marco internacional de la Fuerza de Supresión de Pandillas, GSF por sus siglas en inglés.

El propósito de la participación salvadoreña es aportar capacidades que la misión necesitaba y que El Salvador podía proporcionar: aviación, traslado de heridos, apoyo a evacuaciones médicas y protección de aeronaves.

La GSF es una operación multinacional en la que participan varios países, autorizada por el Consejo de Seguridad de la ONU para apoyar a la Policía Nacional haitiana contra las organizaciones criminales. En septiembre de 2026, El Salvador aceptó ampliar los objetivos de la misión a apoyo militar y equipamiento de defensa para la GSF.

5. La captura de los elementos salvadoreños

Según la prensa internacional, los cuatro aerotécnicos salvadoreños fueron capturados el domingo 18 de octubre de 2026 en la zona de Santo, perteneciente a la comuna de Croix-des-Bouquets, en las afueras de Puerto Príncipe, según la siguiente secuencia:

a) Desplazamiento en un vehículo blindado. Los salvadoreños regresaban a su campamento. Habían salido a comprar alimentos.
b) Ellos fueron emboscados, atacados con armas de fuego y explosivos. Estos últimos alcanzaron al blindado, que terminó incendiándose.
c) Los cuatro salvadoreños lograron salir del vehículo en llamas, habiéndose perdido contacto con ellos posteriormente.
d) El Gobierno haitiano confirmó posteriormente que los cuatro habían sido secuestrados. Sin embargo, ninguna organización criminal ha reivindicado aún la acción. Las investigaciones periodísticas señalaron que la zona está bajo la influencia de las bandas Chèn Méchan y 400 Mawozo.
e) Operaciones de búsqueda y refuerzos salvadoreños. Contando con autorización haitiana y respaldo internacional, el gobierno salvadoreño ha enviado una operación militar para intentar recuperar a los cuatro efectivos, y advirtió sobre una respuesta más contundente si no son liberados sanos y salvos. Posteriormente envió fuerzas adicionales, que algunas fuentes estiman en dos mil, mientras la GSF y las autoridades haitianas mantienen operaciones de búsqueda. El presidente Bukele ha insistido que se trata exclusivamente de una misión de rescate a los elementos salvadoreños, dándole de paso una lección a las pandillas que los capturaron y que causan sufrimiento al pueblo haitiano: “como el infierno que nos tocó vivir antes a los salvadoreños… El pueblo haitiano vive actualmente como antes vivíamos nosotros”. Agregó: “no somos un ejército invasor ni neocolonialista… Es una misión de rescate a nuestros aerotécnicos. Ellos estaban haciendo trabajos humanitarios, son técnicos de evacuaciones médicas y no eran un objetivo militar válido… No tenemos intención de controlar a Haití. Nos vamos a ir como llegamos, sin pedir nada a cambio”.

Existen varias hipótesis sobre las razones por las que pudieron ser atacados, aunque la más difundida es considerar la acción criminal como posible respuesta a la ofensiva internacional. La GSF comenzó a operar en 2026 y representa una amenaza directa para los territorios y las redes controladas por las pandillas. Analistas citados por Associated Press

plantean que retener a los efectivos podría servir para disuadir incursiones o ejercer presión sobre la fuerza internacional. Es una hipótesis analítica, no una motivación confirmada.

6. Situación de los elementos salvadoreños

Reuters difundió un reporte -basado en información publicada por The New York Times el 24 de octubre, sin confirmación-, indicando que se habían recuperado cuatro cuerpos calcinados que podrían corresponder a los efectivos desaparecidos.

El 25 de octubre, el presidente Bukele rechazó que esos cuerpos fueran de los cuatro salvadoreños. Señaló que entre ellos había restos de un niño y de personas cuyas características y/o uniformes no correspondían a los efectivos buscados. La GSF también indicó que había recibido cadáveres humanos sin identificar, y que continuaban las verificaciones.

En resumen, la conclusión puede resumirse así hasta esta fecha:

- Los cuatro elementos salvadoreños siguen sin tener un paradero confirmado públicamente.
- Las autoridades salvadoreñas consideran que fueron secuestrados tras la emboscada.
- Los restos encontrados no han sido identificados oficialmente como pertenecientes a los cuatro efectivos salvadoreños. El presidente Bukele negó expresamente la identificación que circuló en los medios.
- Las operaciones de búsqueda continúan y el caso ha motivado un refuerzo militar salvadoreño.

En síntesis, la presencia salvadoreña se originó como una contribución especializada a una misión internacional, con autorización haitiana. A esta fecha, las circunstancias del ataque contra los salvadoreños están parcialmente documentadas, pero la autoría y el destino de los cuatro efectivos permanecen todavía sin resolución pública confirmada.

El Salvador y Haití:
dos misiones distintas en tiempos de crisis



Decir que El Salvador está haciendo un show político por enviar soldados a otro país sería incorrecto. El país ya ha participado en misiones internacionales de apoyo. Un ejemplo es MINUSTAH, la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití.

El Salvador envió un contingente de 34 militares en 2013, que se incorporó al batallón de Chile por seis meses, sus labores incluían seguridad y patrullaje. Antes de ese contingente militar, El Salvador también había enviado policías salvadoreños a una misión de paz en Haití. Esto demuestra que la participación del país en ese país no comenzó con la situación actual

Pero hay que explicar que la misión de ahora no es la misma de 2013. Son operaciones internacionales diferentes, realizadas en momentos distintos de la crisis haitiana y con tareas distintas. Compararlas sin aclarar eso puede llevar a pensar que todos los militares salvadoreños enviados a Haití cumplen la misma función.

La situación del país se ha vuelto cada vez más difícil. En julio de 2021 fue asesinado el presidente haitiano Jovenel Moïse, y desde entonces Haití ha enfrentado una profunda crisis política e institucional. Las pandillas armadas ampliaron su control territorial y se agravaron los secuestros, los homicidios y la violencia sexual. Muchas personas también han tenido que dejar sus hogares y desplazarse dentro de Haití o hacia otros países, como República Dominicana.

En la misión actual, cuatro militares salvadoreños que trabajaban como técnicos aeronáuticos desaparecieron el 18 de octubre de 2026, aunque tienen formación militar, su trabajo se concentraba en labores aeronáuticas y de apoyo, como las evacuaciones médicas. No estaban desplegados para combatir a las pandillas.

Después de su desaparición, El Salvador envió efectivos armados para apoyar las labores de búsqueda y rescate. Ese envío tiene otro propósito: encontrar a los cuatro salvadoreños y lograr que regresen a casa. Por eso también es importante distinguir entre los técnicos que cumplían labores de apoyo y el contingente armado que llegó después de la emboscada.

No es lo mismo enviar personal técnico que enviar soldados con más experiencia en operaciones de campo y equipo especializado para combatir a las pandillas que tienen afectada a la población haitiana. La misión de estos soldados es apoyar los esfuerzos para recuperar la seguridad y ayudar a que la población pueda volver poco a poco a la normalidad.

Cuando se dice que por ser cuatro pueden morir o resultar heridos, se habla de un riesgo real en una zona donde operan grupos armados. Pero también se trata de personas que fueron enviadas a cumplir una misión y que tienen compañeros y familias esperando su regreso. Para muchos, ir a buscarlos es una responsabilidad y una muestra de lealtad: a un compañero no se le abandona.

Haití y la doctrina de la soberanía: el colapso del paradigma globalista



El despliegue de más de dos mil efectivos de la Fuerza Armada de El Salvador -FAES- en Haití trasciende la misión táctica de rescate de cuatro aerotécnicos: constituye una ruptura doctrinal frente a la «industria del caos» administrada durante décadas por la burocracia transnacional.

Durante veinte años, la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití -MINUSTAH- dilapidó más de 7.000 millones de dólares. El saldo tangible fue devastador: una epidemia de cólera, degradación institucional absoluta y un vacío de poder capitalizado por federaciones criminales como *Viv Ansanm* y *400 Mawozo*. La gobernanza globalista normalizó la anarquía como un negocio de consultorías permanentes y asistencialismo inerte. Frente a esa inoperancia, la determinación salvadoreña expone que la pacificación territorial no depende de retórica multilateral, sino de voluntad política y uso legítimo de la fuerza.

Esta ruptura desató una inmediata contraofensiva de relato. Operadores ideológicos en el exterior han intentado criminalizar el despliegue salvadoreño bajo acusaciones de «injerencia», pretendiendo adjudicarle a la administración Bukele una ficticia debilidad electoral interna hacia 2027. No obstante, la evidencia empírica

pulveriza dicha narrativa: la última medición de CID Gallup certifica un 94 por ciento de aprobación a la gestión presidencial y un 86 por ciento de respaldo ciudadano irrestricto a la operación militar en Haití.

El Salvador, que pasó de registrar más de 103 homicidios por cada 100.000 habitantes a posicionarse como la nación más segura del continente americano —superando incluso a Canadá—, traslada hoy su experiencia contra el terrorismo urbano al Caribe. El verdadero temor de los defensores del *statu quo* no radica en el desenlace operativo en Croix-des-Bouquets, sino en la consolidación de un modelo soberano que demuestra que la capitulación ante el crimen organizado nunca fue inevitable.

"No one's left behind"



Como hemos sostenido hasta la saciedad, la primera obligación de todo Estado real es ejercer efectivamente su autoridad sobre el territorio y proteger a sus ciudadanos. La seguridad, la libertad y el desarrollo no surgen por "generación espontánea", son consecuencia directa de la existencia de instituciones capaces de imponer el imperio de la Ley sobre quienes pretenden sustituirla mediante la violencia. Allí donde el Estado desaparece, surge inevitablemente el dominio de las organizaciones criminales.

La captura de cuatro técnicos militares salvadoreños por pandillas haitianas tras una emboscada armada no constituye únicamente un grave incidente de seguridad, representa la prueba más evidente de la total inexistencia del Estado haitiano. Un país adonde grupos criminales son capaces de atacar vehículos blindados, hostigar operaciones aéreas, secuestrar personal internacional y desafiar abiertamente a las autoridades, demuestra una realidad incuestionable: el monopolio legítimo de la fuerza ya no pertenece plenamente al Estado.

Haití se ha convertido en la expresión más dramática de lo que ocurre cuando la Ley deja de gobernar y es sustituida por la fuerza bruta. El vacío de poder no permanece vacío por mucho tiempo. Cuando el Estado retrocede, las pandillas avanzan. Cuando desaparece la autoridad legítima, emerge la autoridad criminal.

Los salvadoreños conocemos perfectamente esa realidad porque la vivimos durante décadas. Antes de la transformación impulsada por el Presidente Nayib Bukele, extensas zonas del país estaban sometidas al control efectivo de estructuras criminales que imponían sus propias normas, restringían la libertad de circulación, cobraban extorsiones y desafiaban permanentemente al Estado. La diferencia es que El Salvador decidió recuperar el país. Haití todavía lucha por recuperar el suyo.

Por esa razón, la decisión del Presidente Bukele de desplegar una poderosa fuerza militar para rescatar a cuatro compatriotas posee una dimensión que trasciende lo militar. Es una declaración de principios. Es la confirmación de que para el Estado salvadoreño la vida de un ciudadano no es negociable, no es intercambiable y no tiene precio.

Resulta particularmente significativo que esta operación sea sufragada fundamentalmente con recursos salvadoreños. Desde una lógica estrictamente financiera podría argumentarse que movilizar semejantes recursos para rescatar a cuatro personas resulta costoso. Pero precisamente ahí radica el mensaje político: hay cosas que un Estado responsable no mide en términos de rentabilidad económica. La vida de sus ciudadanos es una de ellas.

Igualmente, contundente ha sido el mensaje dirigido a los captores: liberen a los salvadoreños "*por las buenas o por las malas*". No se trata únicamente de una advertencia. Es la expresión de una doctrina política que los criminales salvadoreños ya conocen perfectamente: el Estado no retrocede frente al crimen y jamás abandona a los suyos.

La diferencia entre Haití y El Salvador no es geográfica ni cultural. Es institucional. En uno, las pandillas pretenden sustituir al Estado. En el otro, el Estado decidió derrotarlas.

Porque existe una verdad política tan antigua como inmutable: donde no impera la Ley, no puede existir orden; donde no existe orden, no puede existir libertad; y donde el Estado renuncia a proteger a sus ciudadanos, deja de cumplir la razón misma de su existencia. El Salvador ha decidido demostrar exactamente lo contrario: que ningún salvadoreño será abandonado ni dejado atrás, nunca: "**No one's left behind"**.

La promesa del presidente Nayib Bukele de traer de regreso a sus colaboradores de la Fuerza Armada



En el escenario de la seguridad internacional, la credibilidad de un Estado en esta década no se mide por las declaraciones de preocupación o las resoluciones diplomáticas, sino por su capacidad logística y voluntad política para defender a su personal de los cuerpos de seguridad en el terreno. La decisión del presidente Nayib Bukele de movilizar soldados salvadoreños y equipos hacia Haití para rescatar a cuatro aerotécnicos desaparecidos marca un suceso decisivo, táctico y doctrinario sin precedentes en la historia militar moderna

de América Latina. No estamos es un operativo de búsqueda; estamos presenciando la proyección de fuerza de una nación que ha decidido que el pacto de lealtad con sus tropas es absoluto.

Desde la perspectiva de la seguridad nacional, el escenario haitiano representa uno de los entornos operativos más asimétricos y hostiles del planeta. Las estructuras criminales que controlan los alrededores de Puerto Príncipe han prosperado devorando el vacío de un Estado fallido, consolidando un poder de fuego que desafía a cualquier fuerza de intervención. Cuando el vehículo blindado de la misión internacional fue emboscado el 18 de octubre de 2026, las pandillas locales probablemente esperaban impunidad. En lugar de ello, detonaron una respuesta fulminante. La presidente Bukele activó un despliegue masivo y expedito que incluye helicópteros, vehículos blindados y unidades de fuerzas especiales, asumiendo el 90 % de los costos del operativo con recursos propios.

Este movimiento envía mensajes estratégicos innegables. El primero es la disuasión a través del poder duro. La política de erradicación de pandillas que el presidente Bukele institucionalizó dentro de sus fronteras demuestra ahora tener un alcance transnacional. El ultimátum lanzado a las bandas criminales haitianas, advirtiendo una ofensiva total si los soldados no son devueltos con vida, traslada la vasta experiencia salvadoreña en guerra urbana a un teatro de operaciones extranjero.

El segundo factor es el rigor analítico y la superioridad de inteligencia en el terreno. El hecho de que el estratega Nayib Bukele descartara personalmente que los restos humanos entregados por una ONG pertenecieran a sus soldados, al señalar incongruencias forenses críticas como la presencia de uniformes ajenos y discrepancias biométricas evidentes, demuestra que el mando salvadoreño no cederá ante operaciones de distracción, desinformación o cierres de caso prematuros dictados por la presión externa. La misión es de rescate y la maquinaria militar no se detendrá sin evidencia irrefutable.

Esta crisis redefine el peso geopolítico de El Salvador en la región. Operar en el colapso haitiano con aval internacional, pero manteniendo total autonomía táctica, aleja al país del rol de actor secundario pasivo. Aunque el presidente ha sido enfático al desmarcarse de cualquier intención neocolonial, enmarcando el operativo estrictamente como una operación de extracción y una lección a las estructuras criminales, el impacto estratégico es claro. El Salvador proyecta hoy las capacidades operativas de un Estado dispuesto a movilizar todo su aparato de defensa para proteger a sus ciudadanos.

En la doctrina militar de élite, la moral de una fuerza armada descansa sobre una promesa inquebrantable: ningún hombre se queda atrás. Al convertir este principio en una movilización de infantería y aviación a gran escala, el gobierno salvadoreño envía una advertencia global. La vida de cuatro aerotécnicos justifica el despliegue de todo el peso del Estado, demostrando que, en la nueva arquitectura de seguridad salvadoreña, la protección de los suyos no se negocia, se impone.

Desde el Circulo de Reflexión Política Siglo XXI oramos a Dios que le salga al encuentro al presidente Bukele en su decisión de traer de regreso a casa a los cuatro miembros de la Fuerza Armada de El Salvador. Muchas gracias presidente Bukele por esta lección al mundo.

El rescate de cuatro hombres que representan a millones



Desde la perspectiva sociológica, la decisión de un gobierno o grupo de impulsar misiones de rescate complejas y osadas y que parecen “costosas” para salvar a unos pocos soldados (incluso podría ser sólo uno) no es algo que se deba analizar como una operación financiera costo-beneficio (eso sería extremadamente rústico) es un acto simbólico imponderable e invaluable en términos socioculturales, debido a que es un hecho tangible e

intangible que se erige como un motor de la identidad y la dignidad nacional, y que además construye una nueva y entrañable forma de relación social entre el Estado y el individuo, en el sentido que gestiona y personifica la importancia que tiene el uno para el otro, y viceversa.

En ese sentido, la decisión del gobierno del presidente, Nayib Bukele, es un acto fundamental-simbólico para no permitir el surgimiento de intersticios o vacilaciones en la cohesión y motivación social de los ciudadanos, ni depredar la identidad colectiva y sentido de pertenencia fundado en la solidaridad orgánica, ni, mucho menos, permitir que se rebaje o ningunee la dignidad social y estatal construida culturalmente luego de ser una sociedad atomizada bajo la amenaza de las pandillas.

Como fundamento ético, político y cultural de la decisión de ir a rescatar a cuatro salvadoreños secuestrados en Haití, está la vigencia del nuevo contrato social implícito que se está redactando en el país, en el marco de la reciprocidad institucional y sociocultural que fomenta y se sostiene en la solidaridad social, tanto entre las personas -solidaridad horizontal-, como entre éstas y el Estado -solidaridad vertical-.

Y es que, si consideramos al Estado moderno como una forma de relación social (y no como un instrumento burocrático e impersonal, estrictamente formal), comprendemos la lógica elemental de la misión de rescate: si se le pide a un soldado que arriesgue la vida, que es lo más valioso que tiene, el Estado y la sociedad asumen el compromiso absoluto e incondicional de no abandonarlo bajo ninguna circunstancia.

Ese compromiso inquebrantable no tiene atenuantes: se irá a rescatar a unos pocos porque eso da la confianza que se protege a los muchos. En palabras coloquiales, los soldados (o los ciudadanos) que tienen la confianza absoluta de que serán rescatados de cualquier tipo de peligro dirán: “sabíamos que vendrían por nosotros”. Lo anterior, no debe admitir ningún ápice de duda, ya que eso es lo mantiene la disciplina y es lo que lleva a realizar hazañas.

La misión de rescate ordenada por el presidente, Nayib Bukele, es honrar y hacer tangible el pacto de confianza absoluta, lo cual es el signo de buena salud de la legitimidad institucional, pues si un gobierno (o, en sentido amplio, una sociedad) deja atrás a sus soldados (o ciudadanos civiles) porque son “pocos” o porque el rescate “es muy caro” (esto último es el argumento de los opositores), el pacto se rompe y, con él, se rompe también el contrato social suscrito entre el gobernante y los gobernados. Si eso sucede, tanto la institución militar como el Estado (y su máximo referente, el presidente) pierden legitimidad.

Por otro lado, la misión de rescate es una forma institucional y una versión sociocultural de la dignidad social del salvadoreño que, como referente, le confiere un valor sagrado al individuo colectivo, en su versión como uno o como muchos cuando se trata de ponerle un rostro. En ese sentido, rescatar a cuatro es una muestra inequívoca de que El Salvador de hoy sí salva a su gente porque valora la vida humana por encima del costo económico o el cálculo táctico. El mensaje implícito del presidente es claro y fuerte al respecto: nuestros compatriotas (militares o civiles) no son piezas prescindibles en ningún momento, lugar o juego geopolítico, sino que son el motor y el combustible imprescindible de la reinvención de nuestra sociedad.

En términos sociológicos, la forma en que una sociedad, a través de su gobierno, trata a sus miembros más vulnerables (como en la coyuntura de la pandemia) o en un peligro inminente (en este caso, los cuatro soldados capturados por las pandillas haitianas) es un reflejo de la noción que tiene de su propia civilidad, de su propia calidad moral y de su propio sentido de la ética que se resume en la "identidad del nosotros, los salvadoreños", y por ello la misión de rescate es, en estos días, el mecanismo idóneo de la integración social, cuyos lazos quieren ser rotos sólo por los opositores extremos y los sofistas que redactan su narrativa.

Dicha integración social, como habilitador del "nosotros somos uno solo", se sustenta en la premisa de que: hoy se van a movilizar todos los recursos para buscar a los cuatro soldados capturados, y mañana o pasado mañana se hará para buscar o salvar a cualquier salvadoreño que se encuentre en peligro, no importa dónde esté. Lo anterior le da sentido a la identidad compartida, al sentido de pertenencia inquebrantable y a la moral siempre alta que lleva al orgullo, individual y nacional.

Sin duda, para la sociología cultural, las misiones de rescate como la liderada por el presidente, Nayib Bukele, son rituales de constante iniciación ciudadana que son los que, al final, construyen los indestructibles mitos de las hazañas más hermosas: el heroísmo, la solidaridad, la lealtad, la justicia, el compañerismo.

El Escudo de las Americas, el caso de Haití y el rol de El Salvador.



Foto: AFP/ Imagen ilustrativa, tomada de Diario El Salvador

La profunda crisis política, social y de seguridad que enfrenta Haití, representa uno de los mayores desafíos para la estabilidad del hemisferio occidental . En este contexto, la iniciativa denominada El Escudo de las Americas adquiere especial relevancia como un mecanismo de cooperación regional orientado a combatir el crimen organizado transnacional, fortalecer la seguridad y promover la estabilidad democrática.

La coalición, impulsada por Estados Unidos e integrada por varios países latinoamericanos, entre ellos El Salvador, plantea tres ejes fundamentales: seguridad, cooperación económica y coordinación multilateral. Su declaración conjunta contempla acciones contra organizaciones criminales como Viv Ansanm y Gran Grift, estructuras armadas que mantienen una importante influencia territorial en Haití.

La realidad haitiana sin embrago, es dramática. Después del asesinato del presidente Jovenel Moise en 2021, el país experimento un progresivo deterioro institucional. Las pandillas ampliaron su control territorial,

debilitaron las instituciones públicas y sometieron a millones de ciudadanos a condiciones de violencia, desplazamiento y pobreza. Actualmente, cerca de 1.5 millones de personas han sido desplazadas y millones enfrentan inseguridad alimentaria.

La crisis ha adquirido una nueva dimensión para Centroamérica. El Salvador ha ampliado su participación en las operaciones de seguridad, con el envío de aproximadamente dos mil efectivos militares a territorio haitiano, después de la desaparición de cuatro aerotécnicos salvadoreños vinculado a una misión internacional, durante una emboscada ocurrida el 18 de octubre de 2026.

Este escenario plantea interrogantes sobre el alance y la capacidad operativa del Escudo de las Americas. La cooperación militar puede contribuir a recuperar los territorios, combatir las estructuras criminales y restablecer condiciones de seguridad.

Haití necesita, además, reconstruir sus instituciones, recuperar la gobernabilidad y generar oportunidades económicas para una población golpeada por décadas de inestabilidad.

El rol de El Salvador liderada por el Presidente Nayib Bukele resulta un fenómeno pues el país más pequeño de América, con recursos limitados, ahora esta dando un ejemplo al mundo pues a esta fecha tiene en una posición de retirada a las pandillas de Haití.

El Salvador un país pequeño, ejecutando grandes operaciones. Ejemplo para el mundo.

Las falacias del NY Times



Los medios que viven de la desinformación se están dando a la tarea de lanzar narrativas falsas de la realidad que pasa en diversos países del mundo, siguiendo el guion de la izquierda internacional de proteger a los victimarios y no a las víctimas, al delincuente y no a la población indefensa, coordinándose con Ong.s que se lucran de la violencia, que dicen proteger los derechos humanos, pero nunca alzan su voz ante las masacres que son víctimas la población inocente y desarmada.

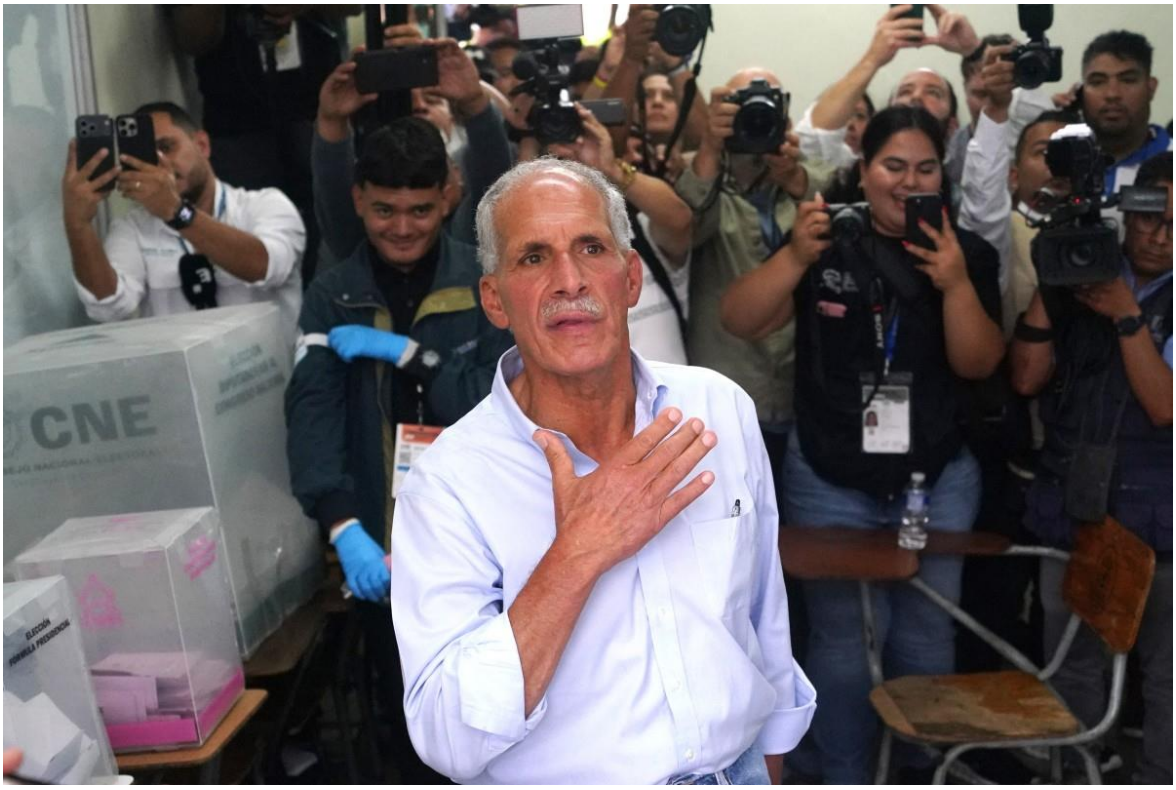
Un ejemplo es el caso específico de la emboscada y secuestro que sufrieron los técnicos aeronáuticos de el Salvador que integraban las fuerzas humanitarias de supresión de pandillas que operan en Haití con el aval de las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad de la ONU, estos medios de comunicación se han dado a la tarea de arrojar falsas informaciones con respecto a la situación del soldados salvadoreños que no eran elementos de combate, información nefasta de haber encontrado sus cuerpos calcinados simulando pruebas y falsa información que han tenido que ser desmentidas por el mismo Presidente Nayib Bukele.

Donde están los pronunciamientos de estas ONGs, y medios de comunicación condenando esa acción barbarie, pero si se pronuncian de manera rápida a las acciones que están haciendo en el terreno las tropas salvadoreñas recientemente enviadas al rescate y procuran lanzar narrativas sarcásticas, otras augurando derrotas, con la única finalidad de invalidar la acción humanitaria de las fuerzas multinacionales que están en Haití y las del ejército salvadoreño.

El Presidente Bukele de manera categórica desmintió el reportaje del New York Times, sobre los cuerpos calcinados que sus fuentes aseguraban pertenecer a los soldados aerotécnicos de el Salvador, secuestrados por las bandas haitianas.

Este periódico de los Estados Unidos fundamento su versión en fuentes cercanas a la misión de seguridad y que los cuerpos fueron entregados a un equipo militar salvadoreños aunque después reconocen que todavía es necesario confirmar las identidades, la verdad es que, como es posible que en una situación tan delicada para los familiares de estos soldados y de alta emergencia militar se atreven a dar información sin tener una fuente de investigación creíble solamente con el ánimo de causar sensacionalismo y empañar las acciones que está haciendo en el territorio las tropas salvadoreñas. El Presidente Bukele fue enfático que su misión principal es recuperar a los soldados salvadoreños secuestrados y traerlos a casa, y si las bandas se resisten recibirán el castigo indicado.

Honduras:
tres cabezas, un solo Baal



Baal representa la idolatría, la traición, el abandono de los principios y las responsabilidades, la negación de los propios actos pese a las evidencias, la destrucción de los valores humanos y el uso de la riqueza para intereses ajenos al bien común. Esta es la metamorfosis de las tres cabezas del poder político que han gobernado y gobiernan Honduras: el Partido Liberal y sus dos partos históricos, el Partido Nacional y LIBRE.

La permisividad de estas tres cabezas para no atacar la raíz de los problemas del país y de los hondureños, que, desde luego, está en sus propios senos políticos, las ha llevado a cruzar el umbral del descaro y el abuso, sin retorno.

Discursos públicos que prometen construir puentes donde no hay ríos; contradicciones, negociaciones políticas y actuaciones que profundizan la crisis en la que está sumergido el pueblo hondureño. La corrupción y la impunidad son descomunales; el deterioro es acelerado. El rechazo ciudadano se expresa en el cansancio ante gobernantes cada vez más alejados de los hondureños.

Y así operan las tres cabezas: el presidente Nasry Juan Asfura Zablah asegura los negocios para sus socios de los partidos Liberal y LIBRE, colegas y amigos que aportaron a su campaña. El presidente del Congreso, José Tomás Zambrano Molina, hace un gobierno paralelo mientras protege a sus colegas de LIBRE y del Partido Liberal, utilizando el Poder Legislativo como plataforma de campaña política abierta. Es decir, en Honduras hay dos presidentes del Ejecutivo: uno que gobierna desde la Presidencia de la República y otro que, fuera de la ley, está en plena campaña política desde el Congreso Nacional.

El presidente de la Corte, Wagner Vallecillo Paredes, solo recolecta lo inservible que le envían Tito Asfura y Tomás Zambrano, entregando cartas de libertad, sobreseimientos y medidas de libertad condicional, mientras ellos hacen lo suyo… El fiscal general, Pablo Emilio Reyes Theodore, busca quién la pague y no quién la deba. El procurador general, Dagoberto Aspra, exabogado penalista de Tito Asfura, permanece ciego, sordo y mudo. Ministros y diputados, con sus prebendas y salarios al día…

Mientras tanto, la población, al ver toda esta estrategia político-partidaria para seguir en el poder, ha pasado del repudio al odio.

Para quienes han gobernado Honduras, los textos bíblicos parecen servir solo como herramientas para persuadir al votante durante la campaña política, mientras que la conducta pública y privada de algunos dirigentes la mayoría de los cuales actualmente forman parte del Gobierno contradice los valores que proclaman. El deterioro moral, las fracturas familiares y las consecuencias personales de sus decisiones han arrastrado hoy a Honduras y a su pueblo a un abismo del que solo los hondureños podrán rescatarla.

Y sí: Baal termina cobrando cada factura. La pregunta es: ¿cuánto más tendrá que pagar el pueblo hondureño por las decisiones de quienes han gobernado en su nombre?

¡Nostrum bonum est regimen, et si perget audire, memoria eius immortalis erit!



Siempre se ha dicho en el mundo de las ciencia y doctrina Política, que gobernar es un arte y una disciplina que requiere sapiencia, comprensión de la realidad, observación objetiva, mente estadística, pensamiento crítico, y calidad humana. Pues bien, todo esto dicho con antelación, es una realidad que no amerita duda, pero, además, se le ha de sumar algo fundamental; el hecho que, sin aliados de toda índole (honestos y humanos), poco o nada se puede lograr, en este complejo mundo de la política.

De ahí, que los lazos de trabajo, amistad y bien común han de ser indisolubles, para quien pretende llegar y mantenerse en el poder, para servir; pues no basta con que un pueblo este de acuerdo, largamente en la historia hemos visto, como una población agradecida, rápidamente pierde ese agradecimiento. Por ello, una buena comunicación política, un buen trabajo realizado en pos de las grandes mayorías y relaciones solidas y estratégicas, deben ser, ante todo, la formula ineludible para el éxito de gobernar.

De tal suerte, tal como expresaba el humanista presidente estadunidense, Abraham Lincoln: “Ningún hombre es lo bastante bueno para gobernar a otro sin su consentimiento.” Precisamente ese consentimiento, implica no solo que el gobernado apruebe, sino, que los sectores de poder económico, social, religioso e internacionales, sepan caminar al lado de ese gobierno que está dispuesto a escuchar y dejarse acompañar, para alcanzar un mandato exitoso y de bien para la población.

Por ende, tal como lo expresó el contractualista Jean Jacques Rousseau: “El gobierno tuvo su origen, en el propósito de encontrar una forma de asociación, que defienda y proteja la persona y la propiedad de cada cual, con la fuerza común de todos.” Así pues, el acuerdo común, es el fundamento de todo ordenamiento socio-político, conocido como gobierno. De ahí, la importancia insisto, en que quien posea el poder político, ha de considerar con seriedad las alianzas, y no enclaustrándose, pues entonces, no podrá llegar lejos, en sus aspiraciones honestas de mejorar la calidad de vida de su gente.

¡Nostrum bonum est regimen, et si perget audire, memoria eius immortalis erit!
¡Buen gobierno es el nuestro, y si se mantiene escuchando, será inmortal su memoria!

Oposición política critica desde el rencor



Ser opositor en El Salvador dejó hace mucho tiempo de ser un ejercicio de crítica responsable para convertirse, en muchos casos, en un acto basado y originado desde el rencor humano.

Ha sido casi normal desde hace años que se hablaba de polarización política, entre la izquierda y la derecha (ARENA-FMLN), pero desde que el presidente Nayib Bukele, toma el liderazgo del gobierno y empuja una revolución pacífica en El Salvador, surge o se acentúa una oposición que no analiza, que no propone, que no contrasta datos y principalmente no mide la realidad y el sentir de la población.

Opinan desde el hígado, su punto de partida no es si una obra es útil, si una medida de seguridad funciona o si un acuerdo comercial beneficia al país. Su punto de partida es quién la hizo, si la hizo este gobierno, automáticamente es mala, es autoritaria, es sospechosa, no hay razón para aplicar esa medida, no hay transparencia, es populista, en fin, la inconformidad a todo es la plantilla para “criticar”.

Es una crítica que sale más del prejuicio que de la razón, les molesta más el origen de la decisión que la decisión en sí, por ejemplo, si se logra un crédito para una mega obra estratégica para empujar el desarrollo del país, señalan el endeudamiento del gobierno y no ven el potencial estratégico y beneficios a futuro que traerá la obra.

Si se ordenan las cárceles con trabajo como el programa Cero Ocio, no ven la reinserción ni el aporte que dan a la sociedad, ven "abuso laboral, esclavos modernos, violaciones a los derechos humanos", no es análisis, es reflejo condicionado.

El problema no es estar en contra, no criticar o corregir, un gobierno necesita contrapesos, voces críticas, debate serio, el problema es cuando la oposición confunde criticar con odiar, cuando el odio se vuelve su única agenda, pierden credibilidad, pierden audiencia y, sobre todo, pierden la oportunidad de ser una alternativa real.

Criticar por deporte, desde el resentimiento por haber perdido privilegios, cuotas de poder o protagonismo mediático, no construye, solo desgasta a quien lo emite, y la gente lo nota, ya no escuchan argumentos, escuchan resentimiento disfrazado de opinión.

¿Corrupción admirable?



La recuperación de la libertad del expresidente Elías Antonio Saca, tras cumplir una pena de diez años de prisión por delitos de corrupción, ha generado reacciones que merecen una reflexión. Los saludos de admiración, los vítores y las expresiones de algunas personas que destacan su "valentía" por haber confesado

los delitos plantean una interrogante: ¿hasta qué punto se han debilitado los criterios éticos con los que se juzga la conducta de quienes ejercieron el poder público?

La corrupción no es un delito sin víctimas. El desvío de fondos públicos significa sustraer recursos que debieron destinarse a atender necesidades colectivas, fortalecer los servicios públicos y mejorar las condiciones de vida de la población. Además, la corrupción erosiona la cultura cívica. Si el enriquecimiento ilícito termina siendo tolerado, justificado o incluso admirado, se transmite el mensaje de que la deshonestidad puede ser compatible con el reconocimiento social. El daño es entonces doble: se pierden recursos colectivos y se deterioran los valores que hacen posible la convivencia y la responsabilidad ciudadana.

Cumplir una condena judicial no es una hazaña que convierta al condenado en objeto de admiración. Confesar delitos puede tener relevancia, aunque en este caso fue parte de un extraño acuerdo con el Fiscal de aquel entonces, con el objetivo de reducir la pena. En ningún caso la confesión borra las consecuencias de los delitos ni convierte la responsabilidad penal en una virtud. La posibilidad de una segunda oportunidad debe entenderse en el ámbito de la vida personal, pero jamás como una rehabilitación para la vida política.

Lo inquietante no es que un condenado recupere su libertad, sino que haya personas que parezcan dispuestas a celebrar a quien traicionó la confianza depositada en él. Se puede respetar la reinserción, pero se debe rechazar absolutamente la corrupción. No hacerlo supone renunciar a una exigencia elemental de toda sociedad que aspire a vivir con dignidad: que el poder público sea un servicio, nunca una oportunidad para el enriquecimiento personal.

Miembros del Círculo de Reflexión Política de El Salvador Siglo XXI

Juan Contreras • Oscar Martínez Peñate • Nelson Flores • Mélida Villatoro • Aldo Álvarez • René Martínez • Mauricio Rodríguez • Rafael Góchez • Jose Valdéz • Christian Colón

